

NUESTRA SEÑORA DE LOS HEREJES

 El Almendro en

Biblioteca Herder

ALBERTO MAGGI

Nuestra Señora de los herejes
María y Nazaret

Herder

Este título ha sido publicado anteriormente por la editorial El Almendro
bajo el ISBN: 84-8005-058-6

Diseño de la cubierta: PURPLEPRINT creative

© 2016, Garzanti S.r.l., Milán

© 2020, Herder Editorial, S.L., Barcelona

ISBN: 978-84-254-4480-7

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Dirijase a CEDRO (Centro de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com)

Imprenta: Servicepoint

Depósito legal: B-14.894-2020

Impreso en España – Printed in Spain

Herder

www.herdereditorial.com

*Para «... los que buscan en la fe de María
el sostén de la propia fe...»*

(Redemptoris Mater, 27)

«Se intenta comprender mejor las raíces hebreas del cristianismo para poner más claramente de manifiesto la originalidad de este último, sin perder de vista el contexto en que éste nació.»

*(Biblia y Cristología,
Doc. Pont. Com. Bibl. 1.1.5.1)*

CONTENIDO

ABREVIATURAS	11
PRESENTACIÓN	13
INTRODUCCIÓN	17

PRIMERA PARTE

LAS OPCIONES DE DIOS

Desde los bajos fondos de Israel	27
Idiotas, mujeres y bastardos	35
Marido amo	49
Anunciación: la gran herejía	59
«Un bastardo de una adúltera»	67

SEGUNDA PARTE

LA FIDELIDAD A LA LLAMADA

Nacimiento: visitas poco gratas en Belén	79
Herodes el Grande... El gran asesino	85
Un hijo difícil	93
Maldito o anormal	103
Primera predicación de Jesús	107

TERCERA PARTE

MAS ALLA DE TODA ESPERANZA

La banda de malhechores	117
El Mesías loco	125
Secuestro de Jesús. Vergüenza de la familia	137
Maldito de Dios	143
Nada de apariciones para María	155

APENDICES

Pequeño glosario	163
Bibliografía	167
Índice de citas bíblicas	173
Índice de citas del Talmud	183

ABREVIATURAS

LIBROS DE LA BIBLIA

Abd	Abdías	Jds	Judas
Ag	Ageo	Jdt	Judit
Am	Amós	Jue	Jueces
Ap	Apocalipsis	Lam	Lamentaciones
Bar	Baruc	Lv	Levítico
Cant	Cantar de los Cantares	Lc	Lucas
Col	Colosenses	1 Mac	1.º Macabeos
1 Cor	1.ª Corintios	2 Mac	2.º Macabeos
2 Cor	2.ª Corintios	Mal	Malaquías
1 Cr	1.º Crónicas	Mc	Marcos
2 Cr	2.º Crónicas	Mt	Mateo
Dn	Daniel	Miq	Miqueas
Dt	Deuteronomio	Nah	Nahún
Ecl	Eclesiastés	Neh	Nehemías
Eclo	Eclesiástico	Nm	Números
Ef	Efesios	Os	Oseas
Esd	Esdras	1 Pe	1.ª Pedro
Est	Ester	2 Pe	2.ª Pedro
Ex	Éxodo	Prov	Proverbios
Ez	Ezequiel	1 Re	1.º Reyes
Flm	Filemón	2 Re	2.º Reyes
Flp	Filipenses	Rom	Romanos
Gál	Gálatas	Rut	Rut
Gn	Génesis	Sab	Sabiduría
Hab	Habacuc	Sal	Salmos
Heb	Hebreos	1 Sm	1.º Samuel
Hch	Hechos	2 Sm	2.º Samuel
Is	Isaías	Sant	Santiago
Jr	Jeremías	Sof	Sofonías
Job	Job	1 Tes	1.ª Tesalonicenses
Jl	Joel	2 Tes	2.ª Tesalonicenses
Jon	Jonás	1 Tim	1.ª Timoteo
Jos	Josué	2 Tim	2.ª Timoteo
Jn	Juan	Tit	Tito
1 Jn	1.ª Juan	Tob	Tobías
2 Jn	2.ª Juan	Zac	Zacarías
3 Jn	3.ª Juan		

TRATADOS DE LA MIŠNAH (Y TALMUD)

Abot	‘Abot	Naz	Nazir
Arak	‘Arakin	Ned	Nēdarim
A.Z.	‘Ābodah zarah	Neg	Nēga‘im
Bek	Bēkorot	Nid	Niddah
Ber	Bērakot	Oho	Oholot
Beš	Bešah	Orl	‘Orlah
B.B.	Baba‘ batra‘	Par	Parah
Bik	Bikkurim	Pe‘a	Pe‘ah
B.M.	Baba‘ mešia‘	Pes	Pēsahim
B.Q.	Baba‘ qamma‘	Qid	Qiddušim
Dem	Dēmay	Qin	Qinnim
Eduy	‘Eduyyot	R.H.	Roš ha-šanah
Erub	‘Erubin	Šab	Šabbat
Git	Gittin	San	Sanhedrim
Hag	Hagigah	Šebi	Šebi‘it
Hall	Hallah	Šeb	Šēbu‘ot
Hor	Horayot	Seq	Šēqalim
Hull	Hullin	Sot	Sotah
Kel	Kelim	Sukk	Sukkah
Ker	Kēritot	Ta‘an	Ta‘anit
Ket	Kētubot	Tam	Tamid
Kil	Kil‘ayim	Teb	Tēbul yom
Maas	Ma‘asrot	Tem	Tēmurah
Makk	Makkot	Ter	Tērumot
Makš	Makširim	Toh	Tōharot
Meg	Mēgillah	Uqs	‘Uqšin
Me‘i	Mē‘ilah	Yad	Yadayim
Men	Mēnaḥot	Yeb	Yēbamot
Mid	Middot	Yom	Yoma‘
Miq	Miqwaot	Zab	Zabim
M.Q.	Mo‘ed qatan	Zeb	Zēbahim
M.Š.	Ma‘ašer šeni	Zer	Zēra‘im

Nota: Los tratados se citan con las siglas siguientes: M = Mišnah; Y = Talmud de Jerusalén (palestinense), y B = Talmud de Babilonia.

PRESENTACION

A pesar de su estilo atrayente, este libro no es de fácil lectura. Y estoy seguro de que suscitará en muchos lectores interrogantes, dudas y rechazos. Me ha pasado también a mí.

La historia, como cualquier tejido, tiene un haz y un envés. Este libro cuenta la historia vista desde el envés. Comenzando por el título. Para nosotros, María, Jesús, los discípulos, los primeros cristianos, los mártires son personas nobles y gloriosas. Pero para quienes los condenaban eran sólo subversivos y herejes. De esta manera, el título Nuestra Señora de los herejes es simplemente la otra cara de la invocación Reina de los mártires.

El autor describe ampliamente el cuadro ambiental y cultural de la época: las leyes, la mentalidad y las costumbres. La documentación es seria. Más que el autor, hablan los textos (que, como diremos, no todos tienen el mismo valor).

Personalmente estoy convencido de que el judaísmo de aquel tiempo fue mucho más movido de lo que los documentos permiten pensar. De todos modos, la historia sólo puede hacerse teniendo como base los documentos.

Más importante es una segunda observación: sería ciertamente equivocado suponer una total coincidencia entre el ambiente cultural en el que vivieron José, María y Jesús y su efectivo comportamiento. Personas que viven en el mismo ambiente pueden reaccionar de maneras diferentes. En nuestro caso se puede —y se debe—

conceder un espacio de originalidad a la familia de Nazaret, cuya vocación es única. Si, según la costumbre, la mujer era considerada y tratada como una sierva, no hay que suponer que José se comportara con María de esta manera. Sigue, sin embargo, siendo verdad que ninguna persona, ni siquiera Jesús, puede vivir en un ambiente sin ser hijo de esa cultura, como si este ambiente no existiese. La misma originalidad, por lo demás, sólo se puede comprender plenamente viéndola en el contexto de su ambiente cultural. María vivió en un cuadro cultural preciso y es importante saberlo.

La originalidad principal de este libro está en contar la historia de la parte del envés. María, José y Jesús no son vistos con los ojos del creyente, de quien ahora sabe, sino con los ojos del incrédulo, de quien entonces no sabía. Habladurías y calumnias, que ahora nos ofenden, se decían y se difundían entonces y, en cierto sentido, eran incluso comprensibles. No se debe excluir que también nosotros las habríamos compartido. Ahora es fácil disentir; entonces, no. Pero ¿por qué recogerlas en un libro y recordarlas? ¿Para turbar nuestra fe? No. Solamente para recordarnos que María y Jesús sintieron y padecieron aquellas habladurías y también otras.

Como ya he indicado, este libro no es de fácil lectura. Y, de hecho, el mismo autor recomienda proceder con precaución: un ojo al texto y otro a las notas. Y valorar. Porque los documentos utilizados no tienen todos el mismo valor. Hay citas evangélicas que merecen una atención de la que, por el contrario, los textos apócrifos no pueden gozar de ningún modo. Sin hablar de los textos polémicos, judíos o no, abiertamente tendenciosos.

Imagino que quien lea esta breve presentación mía se planteará una pregunta: ¿con qué objetivo? Respondo que la lectura de este libro ofrece al menos dos ventajas. La primera, la de obligarnos (aunque se podrá y se deberá disentir en determinados puntos) a abandonar cierta iconografía incrustada profundamente en nuestro espíritu, verdaderas y propias superestructuras que nos impiden leer incluso los párrafos evangélicos en su sentido más obvio (como cuando, por ejemplo, Lucas indica que el padre y la madre de Jesús «se asombraban de las cosas que se decían de él» y que «no comprendieron sus palabras»).

La segunda ventaja es que el autor explora a fondo, o por lo menos crea las premisas para poderlo hacer, un tema mariano que está entre los más fascinantes y hoy ampliamente subrayado: María ha completado un real itinerario de fe. Su camino no estuvo iluminado por visiones, sino por la fe.

BRUNO MAGGIONI

INTRODUCCION

¡HAN ROBADO LA MADRE DEL SEÑOR!

Siempre es arriesgado hablar o escribir de María, la virgen de Nazaret, mujer de José y madre de Jesús, el Hombre-Dios. El riesgo es exagerar la figura, divinizándola por afecto o admiración, o, por el contrario, minimizar su papel hasta llegar a anularlo. De este peligro ya advirtió el Concilio, que «exhorta encarecidamente a los teólogos y a los predicadores de la palabra divina a que se abstengan con cuidado tanto de toda falsa exageración cuanto de una excesiva mezquindad de alma al tratar de la singular dignidad de la Madre de Dios» (LG 67). Peligro que también recuerda Pablo VI en la profunda reflexión sobre María que constituye su *Marialis cultus*, poniendo en guardia ante «la credulidad vacía, que sustituye el compromiso serio por la fácil tendencia a prácticas meramente externas; el estéril y fugaz impulso del sentimiento, tan ajeno al estilo del Evangelio, que exige acción perseverante y concreta», y ante las formas que, «gastadas por el tiempo, se muestran necesitadas de una renovación que permita sustituir sus elementos caducos y revalorizar los permanentes...»

La enseñanza del magisterio sobre este punto es clara y neta. Deplorando de nuevo tales desviaciones, afirma que las mismas «no son formas que estén en armonía con la fe católica y, por tanto, no deben existir en el culto católico» (MC 24.38).

Buscando, pues, el «estilo del Evangelio» para una seria investigación acerca de «María de Nazaret», me he remontado a las

fuentes: la Escritura, con particular atención a los evangelios (incluidos los apócrifos), los Padres de la Iglesia, el Talmud, los escritos rabínicos y toda la literatura extratestamentaria de los dos primeros siglos del cristianismo; todo iluminado por las indicaciones del magisterio expresadas por el Concilio Vaticano II en la constitución *Lumen gentium* y en los documentos sucesivos, *Marialis cultus* y *Redemptoris Mater*.

He tenido claramente presente todo esto porque con este trabajo pretendo dirigirme esencialmente a aquellos cristianos que, con decisión, pretenden apropiarse de nuevo de la figura de María en su verdadera autenticidad.

De hecho, de la madre de Jesús se han adueñado los movimientos más retrógrados y reaccionarios, que han hecho de ella la abanderada de reivindicaciones oscurantistas, antievangélicas y antieclesiales. Éstos han conseguido camuflar la figura que emerge del Evangelio, magnífica y fuerte, que jamás «fue la mujer que remite pasivamente a una religiosidad alienante» (MC 37), en la estúpida «dulce mamáta celeste» de los visionarios; una señora que, con halagos o amenazas, invita siempre a volver con rigor a tradiciones, ritos y prácticas ya momificadas. De esta manera, han atado a María «a los esquemas representativos de las diversas épocas culturales y que no se adaptan a hombres que pertenecen a épocas y culturas distintas» (MC 36).

Entre éstos están quienes, «más allá de un sano criterio litúrgico y pastoral, mezclan ejercicios piadosos y actos litúrgicos en celebraciones híbridas... y en la misma celebración del Sacrificio eucarístico introducen elementos propios de novenas u otras prácticas piadosas...» (MC 31).

A lo largo de los siglos, la límpida figura de María de Nazaret ha sido contaminada por una lluvia de pseudoapariciones. Según un clisé ya rancio, trivial y repetitivo, éstas nos presentan una Virgen trotamundos, siempre locuacísima, que, apareciendo unas veces aquí y otra veces allá, confía misterios y secretos a personas de toda clase; personas que, quizá, necesitarían un buen psiquiatra.

Siempre dispuestas a derramar ríos de lágrimas (¡mejor si son de sangre!), estas «vírgenes» amenazan con castigos espantosos so-

bre la humanidad, a la que siempre califican de corrompida, malvada y descreída.

A la luz cristalina de los evangelios, todo esto no puede considerarse otra cosa que andrajos, aunque a veces estén bien confeccionados: no debemos tener miedo ni dudar en tirarlo todo resueltamente a la basura.

¡Apropiémonos de nuevo de María!

No podemos permitir que este robo se mantenga todavía.

Es dañino para ella y para nosotros; siguiendo así, cada vez será más difícil conseguir «encuadrar la imagen de la Virgen, tal y como resulta de ciertas lecturas devotas, en las condiciones de la vida de la sociedad contemporánea y, en particular, en las de la mujer... que, dejando cada día más el ambiente restringido del hogar, ha conquistado, tanto en el campo social como en el cultural, un puesto igual al del hombre» (MC 34).

Con este libro pretendo dirigirme, por tanto, a cuantos desean vivamente descubrir de nuevo la estupenda figura de aquella joven de Nazaret para amarla, impulsados por «la verdadera devoción, que no consiste ni en un sentimiento estéril y pasajero ni en una credulidad vana, sino que más bien procede de la verdadera fe, por la que... somos impulsados... a imitar sus virtudes» (LG 67).

De esta manera, la descubriremos una vez más como nuestra *hermana* en la fe. Fue Pablo VI, el gran papa mariano, el que volvió a usar este título (véase el discurso de clausura del tercer período del Concilio Vaticano II), tan querido y frecuente en los Padres: desde Atanasio a Epifanio, desde Agustín a San Cirilo de Alejandría, que llegaba a llamar... «sobrino» a Jesús, ¡tan convencido estaba de que la virgen era su hermana! (*In Ioel.*, I, 1; VI, 7: PG 71, 340).

Hermana porque nos la encontramos al lado al recorrer el mismo camino de fe que, traduciéndose en amor, nos lleva a la plena comunión con Dios.

Itinerario de amor y no de guerra.

María —y el cristiano con ella— no lucha, no combate contra verdaderos o hipotéticos enemigos.

Nada de guerras.

Nada de cruzadas: Jesús no pide luchar contra las tinieblas, ¡sino resplandecer en medio de ellas! (Jn 1,5), ser «luz del mundo» (Mt 5,14), y la luz no combate, ¡resplandece! La luz, «resplandor de la vida», se afirma por sí misma.

Comenzaremos a recorrer este camino de luz y de vida junto a Gabriel, el mensajero divino. Y desde el primer encuentro con María, comprenderemos la talla, la verdadera grandeza de la virgen de Nazaret (Lc 1).

Una mujer que el Evangelio presenta en clara antítesis con la figura de Zacarías, sacerdote muy piadoso y devoto, de tal manera ocupado en echar incienso y reverenciar a Dios, que no se da cuenta de todo lo que el mismo Dios le ofrece.

María, por el contrario, acoge con prontitud el anuncio: dice en seguida que sí; se fía, incluso sin comprender totalmente las implicaciones de su disponibilidad. «También la Santísima Virgen —advierte el Concilio— avanzó en la peregrinación de la fe» (LG 58).

Zacarías es sólo un hombre de rezos.

María es la contemplativa; la que, vibrando en total sintonía con la onda de amor que mantiene viva la creación, se abre continuamente al Espíritu que «renueva todas las cosas» (Ap 21,5); así se hace capaz de acrecentar en ella la vida y de comunicarla a la humanidad entera, transformándose en la «madre de los vivientes» (LG 56).

La virtud de María, la virtud por excelencia, la que la hace más grande a nuestros ojos y permite que todas las generaciones la llamen «dichosa» (Lc 1,48), es la fe: «¡Dichosa tú porque has creído en la palabra del Señor!» (Lc 1,45). Y a María no le resultó fácil creer. Se trató de un camino doloroso, amasado de sufrimientos y dificultades. María «sufrió profundamente con su Hijo unigénito...», nos recuerda el Concilio (LG 58). Y no sólo al pie de la cruz. Con su presencia al pie del patíbulo del hijo ajusticiado en nombre de Dios, María se convierte en un desafío al poder religioso, a la familia, a las tradiciones...

Su existencia toda fue una senda realizada «en la incompre-

sión y en el dolor» (RM 16), sin que el cielo le concediera privilegio alguno por ser la madre de Dios.

Ningún privilegio que pudiera hacernos sentir lejana, inalcanzable, inimitable a María. No hay nada en ella que no podamos revivir/reproducir también en nosotros.

¿Que la Iglesia nos presenta a María «inmaculada»?

También nosotros estamos invitados —como escribe Pablo a los Efesios— «a ser santos e inmaculados por la caridad» (Ef 1,4; cfr. Flp 2,15). La caridad, esto es, el amor gratuito, capaz de dirigirse incluso a quien no lo merece, nos hace también a nosotros «inmaculados», como expresa claramente la colecta de la fiesta del 8 de diciembre:

«Oh Dios, que por la concepción inmaculada de la Virgen María preparaste a tu Hijo una digna morada, y en previsión de la muerte de tu Hijo la preservaste de todo pecado; concédenos por su intercesión llegar a encontrarnos contigo santos y puros de espíritu...»

También a nosotros —igual que a María— nos envía Dios «mensajeros divinos» continuamente, invitándonos a realizar en plenitud nuestra existencia, dando de continuo un fruto de amor y colaborando con él en la comunicación de vida a la humanidad.

¿Que María fue llevada al cielo?

«Tal glorificación es el destino de todos aquellos a quienes Cristo ha hecho sus hermanos», afirma la *Marialis cultus* (7). También nosotros, si ponemos en nuestra vida una calidad de amor que se asemeje al de Jesús, ya desde ahora «estamos sentados en el cielo, en la persona de Cristo Jesús» (Ef 2,6); como él, somos vencedores de la muerte y seguiremos viviendo (Jn 11,25), como reza la Iglesia:

«... que también nosotros podamos, por la intercesión de la Virgen María, llegar hasta el Padre en la gloria del cielo» (Colecta del 15 de agosto).

Espero que todo esto pueda ser apreciado al leer las páginas de este libro; téngase presente la óptica con que ha sido pensado y escrito: ver a María con los ojos de un habitante de Nazaret (véa-

se p. 60), y a Jesús con los ojos de María y de su familia. Para ello, al redactar el texto he intentado que la mentalidad semítica se refleje lo más posible en las expresiones, procurando poner siempre de relieve el enorme escándalo que, para una persona religiosa de la época, representaron primero la figura de María y después la de Jesús.

Naturalmente, era imposible reconstruir el «personaje» de María con los pocos —aunque preciosos— datos que proporcionan los evangelios. He intentado enmarcar a la madre de Jesús anclándola en el contexto cultural de la época, para lo que me he servido de la literatura y de los documentos contemporáneos, usando con preferencia los que reflejan más fielmente el particular clima del judaísmo, período en el que vivieron María y Jesús.

El objetivo de esta investigación no es redactar una «vida» de María o de Jesús, como tampoco es una lectura exegética de los textos que se refieren a ellos.

He intentado enmarcar la figura de María en el contexto cultural de la época, proponiendo aquellas hipótesis que se pueden verificar y rectificar para conseguir una relectura de la Madre de Dios que no la reduzca más a una figura que sólo ha de ser venerada, sino que la descubra como una persona con la que caminar hacia la plena realización del Reino de Dios.

Confío, finalmente, que el lector tenga bien presente el valor que debe asignarse a las fuentes usadas. Una cosa es una cita del Evangelio y otra el uso de un apócrifo. Ruego especialmente que se tenga presente el diverso grado de importancia que debemos atribuir a un dicho de un Padre de la Iglesia y a las afirmaciones anticristianas de cualquier filósofo de la misma época, citadas únicamente en cuanto *chismes*, *cuentos*, *calumnias* acerca de María y Jesús. Igualmente se deben tomar con pinzas las afirmaciones contenidas en las *Toledot Ješu* (texto redactado en época muy tardía, pero cuyos orígenes deben colocarse al inicio de la polémica con los judeo-cristianos): historias difamatorias acerca de Jesús y su familia.

Doy las gracias a cuantos han colaborado y permitido la realización de este libro: desde los rabinos que con tanta disponibilidad me han acogido en el curso de las investigaciones, permitiéndome

el acceso al rico y vasto mundo del Talmud, hasta los biblistas y mariólogos consultados.

Doy las gracias al periodista Vittorio Vecchini, que con apasionada entrega ha colaborado en la redacción final del texto, y al biblista Oscar Battaglia por las fraternas observaciones críticas dirigidas a mejorar el texto.

Finalmente, doy las gracias de modo particular a Juan Mateos, profesor de Ciencias Eclesiásticas Orientales en el Instituto Oriental de Roma, que me ha introducido y acompañado en la investigación bíblica.

PRIMERA PARTE

LAS OPCIONES DE DIOS

«Dios elige lo que en el mundo es débil para confundir a los fuertes...»

(1 Cor 1,27)

DESDE LOS BAJOS FONDOS DE ISRAEL

«... ¿de Nazaret puede salir algo bueno?...» (Jn 1,46).

No podía nacer en un sitio peor.

Jamás nombrado en los textos de la Biblia o en los escritos rabínicos, Nazaret (hebr. *Nazret*)¹ goza de una pésima reputación, igual que sus habitantes.

¿Por qué?

No sólo Nazaret tenía mala fama, sino Galilea, la región en la que este pueblo se encuentra.

La tierra de Israel, en el tiempo al que se refiere este trabajo, está dividida en tres regiones: Judea al sur, Samaría en el centro y en el norte Galilea.

Judea es la región santa; tiene el privilegio de acoger a la ciudad de David, la gloriosa Jerusalén (hebr. *Yerušaláyim*), Ciudad Santa por excelencia, al Templo levantado sin escatimar nada por el rey Salomón, y restaurado recientemente con renovado esplendor por Herodes; aquí reside la «Gloria» del que truena sobre los querubines: YHWH² *Sebaʿot* (cfr. 1 Re 8,11; Is 6,3).

¹ Hasta tal punto es desconocido que, en el pasado, se ha intentado incluso negar su existencia: se pensaba que su nombre había sido creado para justificar el sobrenombre de Nazareno (Mt 2,23) dado a Jesús. Cfr. R. Laurentin, *I vangeli dell'infanzia di Cristo. La verità del natale al di là dei miti*, Paoline, Turín 1986, pp. 481-482; R. Aron, *Gli anni oscuri di Gesù*, Mondadori, Milán 1978, pp. 41-42.

² El «Nombre». Son las cuatro letras que forman el Tetragrama sagrado, el nombre de Dios. Véanse «Glosario» y la nota 6 del cap. IV.

«La tierra de Israel es el ombligo del mundo: Jerusalén está en el centro de la tierra de Israel, el Santuario está en el centro de Jerusalén...»³

Jerusalén cuenta con cerca de veinte mil habitantes dentro de los muros, más otros cinco a diez mil fuera⁴, y constituye la fortaleza de la ciencia teológica y jurídica del judaísmo. Los rabinos que enseñan allí gozan de una altísima consideración en el mundo hebreo, hasta el punto de que la juventud del mundo entero acude a sentarse a sus pies⁵.

Pero no se vive sólo de Espíritu... Jerusalén atrae también a los grandes capitalistas: comerciantes, recaudadores de impuestos y hebreos de la diáspora, que, una vez ricos, se retiran a descansar allí por motivos religiosos⁶ y económicos, pues el templo es el banco más seguro de todo el Oriente⁷.

En el centro, separando Judea y Galilea, está la odiada, hereje, inmunda Samaría, cuyos habitantes se señalan en la Biblia como «no pueblo» (Eclo 50,25-26).

Los samaritanos atribuyen una relevante importancia al hecho de ser descendientes de los patriarcas hebreos; los judíos, sin embargo, cuestionan e incluso rechazan esta pretensión: los habitantes de Samaría son para ellos sólo «cuteos», esto es, descendientes de colonos medo-persas; absolutamente extraños, por tanto, al pueblo hebreo. Son considerados, además, idólatras por dar culto al monte Garizim (considerada por ellos montaña sagrada), así como a otras divinidades⁸.

³ *Tanhuma Qedošim*. Cfr. Ez 38,12.

⁴ El total de la población hebrea en Israel era de 500.000 habitantes, aproximadamente. Cfr. J. Jeremías, *Jerusalén en tiempos de Jesús*, Cristiandad, Madrid 1977, pp. 102 y 222.

⁵ J. Jeremías, *op. cit.*, p. 258.

⁶ *Ibidem*, p. 45.

⁷ «... el tesoro del templo funcionaba ya como banco privado, ya como tesoro público...» (A. Paul, *Il mondo ebraico al tempo di Gesù*, Borla, Roma 1983, p. 167). Acerca de la costumbre de depositar las riquezas en el tesoro del templo, cfr. 2 Mac 3,6-10; Flavio Josefo, *Bell.*, V, 5,2.

⁸ J. Jeremías, *op. cit.*, p. 366.